(TRES PLIEGOS.)



HISTORIA
DE
D. DIEGO LEON.
PRIMER CONDE DE BELASCOAIN.

CON UNA RELACION DE TODAS SUS HAZAÑAS, Y HECHOS DE ARMAS DURANTE LA GUERRA CIVIL, HASTA SU FUSILAMIENTO EN OCTUBRE DE 1841.

TERCERA EDICION.

MADRID:—1847.
IMPRENTA DE D. J. M. MARÉS, Corredera de San Pablo, núm. 2-0



INVOCACION.

A ti, ¡oh Musa! de los altos hechos, de las heróicas acciones· á ti, ¡oh Musa! que encumbras á los héroes, que proclamas sus gloriosos triunfos, se dirige mi débil voz. Tú, que esparces al viento en agudos y vibrantes sonidos las esclarecidas hazañas de los valientes que en el campo de la gloria se coronan de inmarcesibles laureles, quiérasme prestar por un momento tus cien clarines de la fama, tus cien trompetas de bronce. Ellas no serán bastante, lo creo, para anunciar el alto renombre del héroe que mi tosca pluma va á describir. Ellas no sonarán tan alto que del uno al otro polo retumben los ecos y se esparzan al viento las proezas del paladin ilustre, que despues de haber derramado su sangre por su reina y por su patria, acabó sus gloriosos dias al impulso del mortífero plomo lanzado por sus mismos conciudadanos: ¡Pero qué digo! Sí: sonarán tan alto sus hazañas; quedará tan asombrado el mundo de sus altos hechos, que su gloria no morirá jamás. Ella le seguirá en el sepulcro; y despues de mil generaciones, su nombre será acatado y pronunciado con entusiasmo. Su nombradía será legada á la posteridad, y la losa donde reposan sus cenizas, cubierta por los siglos de los siglos de coronas de siempre-vivas y de odoríficas flores. Porque los recuerdos no mueren; porque las generaciones venideras serán justas y libres, y porque vendrá el dia glorioso que nuestra patria agradecida ensalzará los nombres de sus héroes.

Tales son los votos de los buenos españoles; tales las esperanzas comunes que no dejarán de verse realizadas.

Despues de lo dicho, empezaremos la historia del héroe de Belascoain; ella arrancará lágrimas á los mas endurecidos; ella hará palpitar de noble ardor el corazon de los valientes; ella entusiasmará á los apáticos, alentará á los débiles, porque su historia es gr- de, maravillosa, poética, digna del mas alto renom-

...o, sus
... ingresó

El caballero D. Diego Leon, sin temor de equivocarnos, podemos asegurar fué un tipo de aquellos caballeros de la edad media, que solo con su valor y el empuje de su lanza ponian en derrota á escuadrones enteros; de estos hechos singulares tiene en su crónica un sin número el digno conde de Belascoain.

Sin embargo, este campeon esclarecido tuvo un momento en que su estrella se eclipsó; en que ese mismo valor que habia salvado las huestes liberales, vino á perderle. Entonces fué cuando el arma alevosa de partido se ensañó en su persona; entonces fué cuando despues de ruidosa causa, fué conducido á espiar un pasagero error; pero aun en ese trance fatal, en ese momento solemne, Leon se mostró como siempre, valiente y sublime. Caminó con serenidad á la muerte; se mostró digno de quien era. Bajó al sepulcro con todo su brillo, con todo su esplendor, y hasta el último instante se manifestó cuán grande era su alma.

SÉALE LA TIERRA LIGERA.



PARTE PRIMERA.

CAPITULO PRIMERO.

Infancia de D. Diego Leon.=Su entrada en el servicio militar =Sus ascensos hasta el año de 1835.



La antigua y celebrada Córdoba, la ciudad morisca, la patria de Gonzalo, apellidado el gran capitan, meció en su cuna al ilustre héroe de nuestros dias; al arrogante acuchillador de las hordas carlistas; al que algunos han apellidado el *Murat Español*, y otros han querido denigrar, llamándole *rey de comedias*; en fin, al nunca bien ponderado DON DIEGO LEON.

El dia 30 de marzo de 1807 vió la luz del dia un niño, á quien los altos destinos de la Providencia llamaban á ocupar un lugar distinguido y preeminente en medio de nuestras intestinas luchas y divisiones políticas.

Fueron los padres de D. Diego, el marqués de las Atalayuelas, comendador de Calatrava, gentil-hombre de S. M., brigadier coronel del regimiento de Bujalance, D. Diego Antonio de Leon, y Doña Maria Teresa Navarrete y Valdivia.

Este niño desde su mas tierna edad, demostraba una capacidad suficiente, y á los ocho años entró á principiar su educacion en las escuelas Pias de San Fernando de esta córte, donde si no brilló de un modo estraordinario, sus maestros nada tuvieron que desear de su jóven discípulo. En 1820 ingresó

en el colegio real de nuestra Señora de la Asuncion de la ciudad de Córdoba, de donde han salido tantos alumnos distinguidos para la clase militar. En este colegio, á pesar de que su salud no era de las mejores, pues sufria de continuo un padecimiento en la cabeza, hizo con aplauso sus exámenes en cada curso hasta el año 1822, en que sintiéndose con vocacion para las armas, su padre solicitó y obtuvo una compañía de caballería, cuyo destino de capitan pasó á ocupar D. Diego Leon, habiendo antes costeado como se estilaba, el importe de la montura de la citada compañía, que subió á 160 mil reales. En su nuevo destino se portó siempre con la mayor exactitud y disciplina, y sus soldados le idolatraban porque para ellos era mas que gefe, un padre. Casó en setiembre de 1826 en esta córte con doña Maria del Pilar Juez Sarmiento y Mollinedo, hija del difunto marqués de la Roca. El 20 de diciembre de este mismo año, fue nombrado ayudante de campo de su tio el comandante general de la guardia, el marqués de Zambrano; destino que desempeñó hasta julio de 1827 en que pasó al regimiento de coraceros de la guardia real. Cuando el rey, Fernando VII, en el año 1829 casó con Maria Cristina de Borbon, su sobrina, en las muchas gracias que se concedieron por aquel acontecimiento, Leon obtuvo el grado de coronel de caballería, continuando despues sus servicios en la milicia, ya como ayudante del general Zambrano, ya como capitan de coraceros y granaderos á caballo de la guardia real, hasta el 7 de octubre de 1834 en que ascendió al empleo de comandante de escuadron en el de lanceros.

En esta época la faz de España tomaba un aspecto imponente y amenazador. Por la muerte de Fernando VII la guerra civil habia estallado en diferentes puntos de España. Los carlistas hacian gala en las provincias Vascongadas de su rebelion y de sus tropelías. El huracan bramaba con todo su furor. El trono de la inocente Isabel, se veia amenazado por la ambicion de su tio, el infante D. Cárlos. Tal vez la suerte de la guerra iba á decidir muy pronto de los derechos que el Pretendiente alegaba al trono de San Fernando; tal vez la heredera de cien reyes iba á sucumbir bajo el despotismo de los secuaces del mal aconsejado príncipe. Todos los buenos españoles se agrupaban al rededor del trono que ocupaba la inocente niña; todos á porfia querian sellar con su sangre el juramento que tenian hecho de salvar á su reina y á su patria. D. Diego Leon no se tuvo en menos que los demas, y quiso asimismo ser otro de los defensores de la justa causa. Solicitó del gobierno salir á campaña, y este le destinó al ejército de operaciones del Norte, adonde marchó con su brillante escuadron el dia 7 de diciembre de 1834.

El 21 del mismo mes atravesó el Ebro, y desde esta época empiezan á datar sus brillantes y gloriosos triunfos, sus relevantes hechos de armas de los cuales, no solo para honrar su memoria, sino por legar á la posteridad sus inclitas hazañas, nos iremos ocupando en el transcurso de esta historia.

CAPITULO II.

Llegada de Leon al ejército del Norte.=Hechos de armas que sostuvo, y qrillantes acciones en que se encontró

El año de 1835 fecundo en acontecimientos de toda especie, habia ya principiado, cuando Leon llegó al frente de su brillante escuadron á las provincias del Norte, teatro principal de la guerra encarnizada que sostenian los partidarios de D. Cárlos. Zumalacárregui mandaba como general en gefe las fuerzas carlistas en aquellos sitios. De un puñado de hombres desarmados y desnudos, habia formado batallones bien armados y superabundantemente equipados. La guerra era cruenta y desastrosa, y los carlistas empezaban á tomar un impulso estraordinario.

Diversos generales habian sido puestos al frente de las tropas de la reina; unos por impericia, otros por intriga habian sido destituidos de su cargo. En la época que citamos, el guerrillero Mina se hallaba al frente de nuestros ejércitos, y á pesar de que por su parte no descansaba, tal vez sus años ó sus achaques, eran un obstáculo para llevar á cabo las halagüeñas esperanzas que se habian concebido. Tambien en el ejército cristino empezaban á notarse síntomas de desunion y hasta de espíritu de pandilla, que despues tantos males ha causado á nuestra desventurada patria.

Tal era el estado y situacion del pais en el momento que D. Diego llegó á las provincias. En enero de este año tuvo ya ocasion de encontrarse con su regimiento en las escaramuzas y encuentros de Muez, Orbicí, Nazar y Azarta, y en la del puente de Arquijas. Como gefe sujeto á otros gefes de mas graduacion y el quebrado terreno donde tenia que batirse, que era escabroso y malísimo, en el cual se veian precisados á menudo los ginetes á desmontarse, fueron causa de que en aquellas luchas no pudiese todavia manifestar su genio guerrero. No obstante, el 2 de febrero en la accion de los Arcos, en que por enfermedad de su coronel tuvo que tomar el mando de su regimiento, y en 8 de marzo del mismo año en la del puente de Lárraga, manifestóse ya de un modo inequívoco la bravura de este valiente soldado.

El general Mina habia dimitido su cargo, y le habia sustituido el general Valdés, á la sazon ministro de la Guerra. Durante su mando acontecieron los hechos de armas de Arroniz, fuerte de Trebiño, y reconocimiento del Carrascal, y retirada de Salvatierra, donde Leon manifestó asimismo su decision y pericia en el arte de la guerra.

Al general Valdés le sucedió Córdoba. Este general logró inspirar al ejército la confianza necesaria, y habiendo obtenido con él varios triunfos, se acreditó lo suficiente para ser secundado por sus subordinados. Las acciones de Mendigorría, Arlaban, Villarobledo y otras muchas, devolvieron á nuestras tropas su superioridad, y no contribuyeron poco en ensalzar la fama

de D. Diego Leon, que en ellas, particularmente en la de Villarobledo se hizo conocer de una manera asombrosa; dando inequívocas pruebas de su valor y sangre fria, conforme verán nuestros lectores.

Llegada era en estos momentos una época de las mas gloriosas para nuestras armas. Despues de la ineptitud y debilidad de algunos generales, sucedia un celo y actividad, que si siempre se hubiese desplegado, hubiera influido notablemente en los asuntos de la guerra.

El general Córdoba constante en su plan de actividad, persiguió sin descanso á los carlistas; y en la brillante accion de Mendigorría dió pruebas de sus acertadas disposiciones y de su talento para el mando que obtenia.

Los rebeldes en número de 14 batallones, habian reconcentrado sus fuerzas sobre el citado pueblo de Mendigorría, las que se hallaban situadas en las brillantes posiciones que en aquel punto ofrecen las márgenes del rio Arga. Aunque en semejante terreno fuera tal vez aventurado arriesgar una accion, cuyo ataque tan buena defensa ofrecia á los carlistas, el general Córdoba pensó y reflexionó detenidamente su posicion, y conoció que era necesario un golpe de arrojo para entusiasmar á sus soldados. Despues de haber tomado las oportunas disposiciones, señaló la hora de las 11 del dia para el ataque general. Nos hallábamos en el dia 16 de julio; un calor bochornoso llenaba la atmósfera; un sol ardiente caia aplomado sobre las cabezas de nuestros bravos soldados. Apesar de la sofocacion del dia, nuestros valientes se arrojaron impetuosos á la lid, y en pocos momentos dieron á comprender á la Europa todo lo que pueden los libres cuando pelean por conquistar sus derechos y su libertad sacrosanta. Los rebeldes huyeron, y al grito de Isabel y libertad fueron arrollados por todas partes. D. Diego Leon con la fuerza de su mando, habia sido encargado de cubrir los caminos que de Mendigorría y Artajona conducen hasta Lárraga, debiendo observar el momento de utilizar su cooperacion en terreno á propósito, y en caso de un revés proteger la retirada de nuestros cuerpos de ejército. Su valor y serenidad contribuyeron lo bastante para decidir la victoria en favor de la causa nacional. Pero Leon deseaba otros triunfos; triunfos debidos solo á su valor personal; su ambicion de gloria anunciaba adquirir inmarcesibles laureles, y no tardó en conseguirlo. El 2 de setiembre la columna del general Aldama, que se componia de una de las brigadas en que se hallaba dividido el ejército de operaciones, fue atacada en el sitio de Arcos, por el Pretendiente en persona al frente de 14 batallones y 500 caballos. Aldama no reusó la accion. La caballería de nuestro ejército tuvo la mayor parte, y derrotó la del enemigo. Los escuadrones de lanceros de la guardia dirigidos y esforzados por la voz y el ejemplo de su bizarro comandante el coronel Leon, hicieron prodigios de valor atacando en union de los cazadores de á caballo de la misma guardia por el frente y por el flanco al enemigo, y le derrotaron completamente. En esta jornada Leon tuvo dos caballos muertos y otro herido, todos de bala. Con solos 72 caballos contuvo la carga de un número considerable de enemigos, mereciendo el mayor elogio de todos por el valor y decision en tan memorable jor-

nada, donde la infantería despues de la accion victoreó á los regimientos de la guardia cuando desfilaron al frente del ejército.

D. Diego Leon fué agraciado con la cruz laureada de S. Fernando que el mismo general colocó en su pecho al frente del ejército entusiasmado; premio digno de su valor y ardimiento.

Despues de tan brillantes hechos de armas, el 20 de octubre del mismo año auxilió la marcha sobre Salvatierra y reconocimiento del castillo de Guevara desalojando, al frente de un escuadron, al enemigo de las posiciones que ocupaba. Ocho dias despues protegió con bizarría la retirada de todo el ejército desde Villarceal á Vitoria, conteniendo con cinco escuadrones los repetidos ataques del grueso de los carlistas.

En el parte que se dió de aquel suceso se hizo honorífica mencion del regimiento de su mando y de él mismo, de una manera en estremo satisfactoria.

En 15 de noviembre Leon se halló asimismo en la toma de Estella; al siguiente dia en la accion de Montejurra, donde poco á propósito este terreno para maniobrar la caballería; demostró su pericia y tuvo proporcion de distinguirse.

Al frente de siete lanceros pasó el desfiladero del monte, acobardando con tan escasa fuerza á dos escuadrones enemigos que al notar tanto arrojo huyeron dejando en su poder 30 prisioneros y cinco caballos. Tan brillantes jornadas terminaron gloriosamente los hechos de armas en que apareció como actor principal D. Diego Leon. Su reputacion iba fijándose por momentos de una manera asombrosa. Su nombre pasaba de boca en boca con entusiasmo entre los defensores de la causa de la legitimidad; los mismos facciosos tenian de Leon particulares recuerdos, y este nombre iba siempre acompañado de una especie de terror pánico, pues en todas ocasiones habian esperimentado su decision y arrojo, teniendo siempre presente que sabia combatir y vencer y nunca volver la cara al enemigo.

El carácter de D. Diego Leon era un carácter esencialmente militar. Su mayor diversion, su mayor placer eran los ejercicios de esta especie: tirar la pistola, jugar la lanza ó la espada, correr un caballo, eran sus gustos predilectos; su mayor gloria consistia en verse al frente de su regimiento y á la vista de las masas enemigas. La política no habia infestado su corazon ni pervertido su temple de alma. Su graduacion en el ejército no le concitaba envidiosos. Consagraba solo su vida á la reina y á la patria como español, como caballero. Por esto se puede asegurar que era generalmente estimado. Solo la ambicion de gloria se habia despertado en su animoso pecho. Ninguna otra pasion mezquina abrigaba, y por esto se puede decir que se hallaba lejano del general contagio.

Leon era un héroe de la edad media; un paladin de aquellos tiempos de gloria y de entusiasmo, un guerrero de aquellos que nos ha transmitido la historia, un adalid fuerte, un verdadero tipo de nuestros antiguos campeones cuyas hazañas nos sorprenden y arrebatan, y que casi se hacen inverosímiles. La posteridad creerá tal vez exageradas las del hombre que nos ocupa, como no-

sotros creemos lo sean muchas veces las de aquellos que nos han precedido. Sin embargo, ellas son exactas y verídicas, pues los que vivimos las hemos todos presenciado. En los capítulos sucesivos nuestros lectores tendrán todavia que admirarse doblemente de sus hechos.

CAPITULO III.

Brillantes hechos de armas y hazañas de Leon hasta la terrible y señalada victoria de Villarobledo.

El año 1836 fué inaugurado por nuestras valientes tropas con el reconocimiento sobre el castillo de Guevara. En los dias 16 y 17 de enero tuvo lugar el combate de Arlaban, y tanto en uno como en otro hecho de armas, infatigable Leon, tomó una parte decisiva. El 25 de febrero á las órdenes del general Tello asistió á la accion de Barrioplano en la que con una brillante carga dió la victoria á las armas de Isabel. Despues de la accion de Zubiri en la que tambien tomó parte, fué encargado de perseguir con 150 infantes y 64 caballos dos batallones y un escuadron carlistas mandados por el cabecilla Royo. Su natural actividad hizo espe: ar bien poco la victoria. Habiéndolos encontrado en la madrugada del 23 del mes de marzo les atacó con el mayor denuedo, y les dispersó completamente á la segunda carga.

El dia 6 del citado mes habia tenido lugar la accion de Orduña, en la que habia sido víctima de su arrojo el coronel Elío, que mandaba el regimiento de húsares de la Princesa, creado en el año de 1833 por Fernando VII., para perpetuar el acto de la jura de su primogénita; hoy reina de los españoles.

En esta vacante todo el mundo volvió los ojos á Leon, y todos júzgaron á propósito para este gefe semejante destino. Efectivamente, el gobierno lo estimó justo y una real órden espedida en Madrid el 12 de marzo de aquel año, vino á llenar las esperanzas de sus amigos. Al frente de este brillante regimiento asistió Leon en el siguiente mes de abril al reconocimiento sobre Villareal de Alaba, salvó el fuerte de Villaba de Loza, y acudió á las acciones de Arlaban que tan favorables fueron á la justa causa.

La causa carlista habia sufrido en esta época descalabros de trascendencia. Las provincias vascongadas que se creian por ellos inespugnables fueron recorridas por nuestras tropas ganando acciones en los puntos mas inaccesibles de las mismas; en suma, la causa del Pretendiente se menoscababa en gran manera cuando sus cortesanos le hicieron creer que si estendia sus operaciones por el resto de la Península sus muchos amigos se animarian, y los resultados habian de ser grandiosos. Esto motivó la espedicion d Gomez; espedicion que produjo los resultados que todos sabemos, y que nosotros no esplanaremos en esta narracion, dando de ella cuenta solo en la parte que haga referencia á la historia que escribimos.

La division del entonces general Espartero, fué encargada de perseguir es-

ta espedicion. El regimiento que Leon mandaba formaba parte de la citada division, y con este motivo atravesó en pos de Gomez las provincias de Asturias, Galicia, las dos Castillas, la Mancha y Andalucia. Durante esta larga caminata muchos fueron los encuentros y escaramuzas que sostuvo nuestro héroe con los secuaces del Pretendiente. En las inmediaciones de Oviedo el dia 3 de julio les hizo un gran número de prisioneros; en el puente de Peñaflora (Galicia) huyeron cobardemente los carlistas á la presentacion del regimiento de húsares, cuando estos con su coronel á la cabeza, empezaban á vadear el rio. La escasez de medios en esta provincia produjeron infinitas bajas en los húsares de la Princesa, de tal manera que tuvieron que quedarse en Lugo para reponerse, á escepcion de 40 hombres y dos subalternos que podian todavia resistir la fatiga y siguieron la espedicion. En 16 de setiembre repuesto y racionado este regimiento con su gefe á la cabeza, se reunió á la division mandada por el general Alaix por enfermedad de Espartero, y con ella emprendió su marcha el dia siguiente en persecucion de Gomez cuya fuerza se habia hecho imponente, pues constaba de 11000 infantes y 1200 caballos por habérsele reunido los cabecillas Palillos, Cabrera, Forcadell, Quilez y el Serrador.

Esta época fué una de las mas brillantes del personage cuya historia anotamos. La accion de Villarobledo acabó de darle toda la importancia que se merecia este caudillo, como van á ver nuestros lectores.



El general Alaix continuaba en la persecucion de Gomez á quien alcanzó en los campos de Villarobledo.

Este pueblo se hallaba ocupado por nuestras tropas. La infanteria facciosa

habia formado masas compactas para proteger su caballería que en columnas de escuadrones se proponia arrollar la caballería cristina.

Viendo Alaix la superioridad numérica del enemigo dió órden al coronel Leon para que maniobrase discrecionalmente con sus 150 húsares.

No bien este valiente soldado hubo oido la órden de su general, que, por un movimiento rápido, corrió á colocarse sobre el flanco derecho de la línea rebelde compuesta de catorce masas de infantería y dos columnas de caballería. Sorprendido el enemigo de un movimiento tan sábiamente combinado y que revelaba tanto talento estratégico, no tuvo siquiera tiempo de variar de posicion, pues en el mismo instante se vió arrollado á pesar de que intentaba verificarlo.

Animado Leon de un entusiasmo febril, se arroja seguido de muy pocos húsares en medio de aquellas compactas masas, que tal vez sin su atolondramiento hubieran cien veces podido matar ó hacer prisionero al héroe que les atacaba. El rayo no es mas pronto que lo fué aquella carga. La lanza del coronel Leon se asemejaba á la espada del ángel esterminador. En pocos momentos habia arrollado y deshecho trece de las masas del enemigo; la décima cuarta quedaba en pie todavia, cuando Leon con 8 húsares se arroja á ella. En un abrir y cerrar de ojos les arrolla y la hace prisionera.

Tanto valor, tanta audacia, es imposible describirla; el coronel Leon no preveia ni calculaba los peligros que podia correr; su entusiasmo era frenético, su audacia no tenia límites; por esto el fruto de aquella jornada se debió mas que todo á su bizarría. Su valor inflamó á los demas y la victoria fué completa. Fueron hechos 200 prisioneros entre ellos 102 gefes y oficiales, y hubo ademas 200 muertos en el campo de batalla.

Por este solo hecho su nombre se hubiera inmortalizado, si no hubiese habido otros muchos que acabaron de completar su espléndida gloria.

En consecuencia de tan brillante jornada fué promovido al empleo de brigadier el coronel de húsares, y este regimiento fué recompensado con poder usar en su estandarte la corbata de la órden de San Fernando; Leon recibió asimismo una comunicacion del inspector de su arma, la mas completa que haya podido obtener nunca un gefe militar.

Este hecho de armas produjo resultados inmensos á favor de la causa nacional.

Muchos dias despues de esta accion, la faccion de Gomez penetró en la ciudad de Córdoba, patria de Leon, quien tuvo la gloria de ser el primero de entrar en ella para sustraerla de la dominacion rebelde.

En noviembre se separó Leon con su regimiento del resto de la division, y pasó á incorporarse al cuartel general de Rodil, á cuyas órdenes siguió á marchas forzadas por Trujillo, Medellin, Villanueva de la Serena á Córdoba, en cuya ciudad se incorporó á la columna de Rivero que operaba en combinacion sobre el enemigo en cuya persecucion continuó el brigadier Leon por Fernan-Nuñez, Montilla, Ecija, Osuna, Ronda y San Roque. En esta época maniobró en el pueblo de Dos-Barrios á la vista de varios oficiales estrangeros que

habian venido de Gibraltar, quienes quedaron altamente sorprendidos y satisfechos del aspecto brillante, instruccion, valor y disciplina, del regimiento de húsares; desde dicho pueblo pasó á Alcalá de los Gazules á las órdenes del mariscal de campo que entonces era D. Ramon Narvaez, en cuyo mando continuó la persecucion de los rebeldes por Montellanos, Osma y Puente D. Gonzalo. Posteriormente volvió este cuerpo á pasar á las órdenes de Alaix y volvió á hacer frente á las facciones en los campos de Alcaudete en la noche del 29 de enero, donde les causó la pérdida de 482 muertos y 200 prisioneros, apoderándose ademas de numerosas acémilas, armas, municiones y equipages, siendo perseguido el enemigo en diversas direcciones por el brigadier Leon y sus húsares, hasta que por Aranda de Duero la espedicion fugitiva se internó en las provincias Vascongadas, en cuyas ásperas montañas fué á ocultar su derrota.

CAPITULO IV.

Accion de Barbastro.=Leon se apodera de las posiciones del enemigo.=Batalla de Grá en Cataluña.=Triunfo de Leon en Aranzeque; es nombrado mariscal de campo y comandante general de la division de Navarra.=Accion de Belascoain y toma de su puente.

El regimiento de húsares de la Princesa que habia recorrido la mitad de la Península, y andado 1093 leguas sin descansar un solo dia, soportando sin queja la incomodidad de los campamentos y las marchas forzadas, se reponia en Palencia cuando otra espedicion facciosa mandada por el Pretendiente en persona, hizo necesaria la cooperacion de dicho regimiento para emprender nuevas operaciones. Trasladóse á Aragon y á las cercanias de Barbastro donde D. Cárlos tenia establecido su cuartel general. Nuestras tropas se aproximaron al pueblo donde los enemigos estaban bien preparados en fuertes posiciones, y por lo que no desecharon presentar la batalla. Esta en sus principios fué funesta para las armas de la reina, porque fué deshecha nuestra línea y desordenados y batidos los batallones que la componian. Los carlistas sin duda hubieran obtenido la victoria sin la serenidad de Leon y sin su denuedo y arrojo. Cuando los enemigos empezaban á gozarse en su triunfo, este gefe emprendió ese movimiento que tantas veces le habia dado sus triunfos, ganando el flanco izquierdo y escalonando sus fuerzas empezó á dar varias cargas con las cuales no solo contuvo al enemigo, sino que se apoderó de sus posiciones y le obligó á retirarse precipitadamente á la poblacion, quedando él, campando á su presencia con su bizarra caballería.

Perseguido despues activamente el Pretendiente, no pudo sostenerse en Aragon, y pasó á Cataluña, donde asimismo le siguieron los húsares y su gefe. El baron de Meer era entonces capitan general del Principado, por lo cual tomó el mando de todas las fuerzas y tuvo la fortuna de encontrar al enemigo posesionado en los campos de Grá. Leon fué encargado de tomar el ala izquier-

da de la línea enemiga con dos escuadrones de húsares y un batallon de Guardia real. Cuatro horas de fuego se habian sostenido en el campo de batalla sin que se observase ventaja por una y otra parte. Leon recibió en esto órden de cargar, y arrojándose á la bayoneta la infantería y continuando el ataque con los dos escuadrones al abrigo del batallon, dió lugar á que el general atacase de frente, con lo cual se consiguió sobre los rebeldes una completa derrota. Esta accion le valió la gran cruz de Isabel la Católica. En el sentir de esperimentados militares, la carga que dió Leon en esta batalla fué la mas brillante de toda la campaña. A pesar de esto el baron de Meer le reprendió porque, en su juicio no se habia sacado todo el fruto que era de esperar; pero él se descargó echando la culpa al baron, y dejando al ejército pasó á Barcelona, donde fué recibido con entusiasmo.

Su ociosidad fué muy poco duradera. Su corazon le llamaba á participar de los peligros; y asi tan pronto como el ejército salió de Cataluña tras la faccion, Leon volvió á perseguirla bajo las órdenes del general Espartero.

Hasta principios de noviembre nada le ocurrió digno de notarse, hasta que en los campos de Aranzeque obtuvo un nuevo y brillante triunfo arrollando completamente al enemigo, destruyendo asimismo su línea principal que aun se conservaba en buen órden. Por tan brillante hecho de armas fué ascendido al grado de mariscal de campo, y antes de recibir su nombramiento adquirió nuevos laureles en Huerta del Rey dando una de esas brillantes cargas de que hablan los militares con tanto elogio. Esta nueva espedicion tan infeliz como la de Gomez, sucumbió asimismo, pudiendo decirse con bastante fundamento, que en una y otra la lanza del general Leon hacia inclinar el fiel de la balanza á favor de la justa causa.

Despues de la vergonzosa fuga de la espedicion, internándose en la provincia de Alava, Leon fué nombrado comandante general de la division que operaba en Navarra.

Bien poco satisfactoria era la situacion de esta provincia, cuando Leon fué encargado de la comandancia general de la division que operaba en la misma. Esta division compuesta de cuerpos que habian andado en poco tiempo 617 leguas, tras de la division mandada por el Pretendiente, cansados y fatigados, habian esperimentado bajas considerables. Sin equipo, descalzos, sin raciones, ponian en grave conflicto á su gefe. Cuatro meses tuvo que invertir en poner algun órden en aquella fuerza. A pesar de esta inaccion precisa, habia logrado arrojar al enemigo al otro lado del Arga; pero esto no era suficiente para asegurar la comunicacion de la provincia con Pamplona por las fortificaciones que el enemigo habia levantado en el célebre puente de Belascoain. Leon conoció cuán importante era la toma de este puente, que ofreciendo segura comunicacion con el Carrascal, facilitaba el paso de los víveres.

Concebida la idea la puso en conocimiento del general Alaix, entonces virey en cargos de la provincia, el cual no queriendo cargar con la responsabilidad desaprobó el proyecto.

Leon sin embargo la tomó sobre sí á pesar de ser una empresa sumamente atrevida. Los facciosos creyendo distantes á los cristinos se habian situado en los pueblos de Legarda, Oztegarda, Muzo, Baznon y Obanos. Los nuestros solo se hallaban á siete leguas, y á favor de una marcha nocturna, al amanecer del dia 27 se hallaron en Puente la Reina, distante solo tres cuartos de legua de las posiciones que ocupaban los carlistas.

Acosados por nuestros bravos tuvieron de ceder el campo á pesar de serles favorable el terreno, y se retiraron sobre Belascoain dejando multitud de cadáveres y muchos prisioneros. Legarda y el monte del Perdon fueron cubiertos por los soldados de Isabel; y Leon, satisfecho con esta empresa la puso inmediatamente en conocimiento de Alaix, manifestándole su intencion de atacar el puente, solicitando para ello artillería gruesa.

Su impaciencia era grande y sin esperar la respuesta se puso en movimiento el 28 hácia el pueblo de Belascoian. Dos batallones carlistas ocupaban sus casas aspilleradas y el grueso de sus fuerzas que la noche antes habian pasado por el puente, colocados en reductos, dos casas fuertes y tres líneas de atrincheramientos con objeto de impedir el paso del inmediato vado.



Fué terrible la resistencia que opusieron los carlistas, pues conocian la importancia del punto que defendian. El fuego duró horrorosamente por espacio de cuatro horas con bastante pérdida de una y otra parte y tampoco sin ventaja. Leon conoció que era necesario uno de aquellos golpes de arrojo que deci-

den la victoria. A pocos momentos el pueblo fué tomado al grito de viva Isabel, habiéndose lanzado las tropas cristinas á la bayoneta secundados por el arrojo de su gefe. Un verdadero triunfo iba pues, á coronar la empresa. Solo faltaba un esfuerzo y el puente era suyo. Solo faltaba la artilleria; pero estaba escrito que la temeridad debia llegar á su colmo, siendo doble la gloria de aquella, jornada. En el momento que debia empezarse el ataque del puente, Leon recibe aviso de la negativa del virey. En este instante esclamó con enfado: « *Ya hay complot de generales contra mí.* » En pocos instantes habia obtenido dos victorias sobre los rebeldes. Si se retiraba manifestaba su impotencia, y la derrota pesaba sobre él con la sangre vertida de sus camaradas. Leon quiso mejor perecer consumando su obra, que arrojar la menor mancha sobre sus banderas. Metió pues espuelas al caballo y recorriendo las filas anunció á sus tropas que iba á emprender el ataque del puente. El coronel D. Manuel de la Concha se ofreció á tentar el vado, tomando por la espalda el reducto que defendia el puente. Verificada esta maniobra y adelantados los batallones de la Guardia, y 2.° de Zaragoza amagando el paso del puente, operacion necesaria para distraer el enemigo, se logró el objeto que se apetecia. Nuestros soldados pasaban el vado con el agua á la cintura, sufriendo al mismo tiempo un horroroso fuego. En este estado temiendo el general Leon algun esfuerzo de parte del enemigo, echó pié á tierra, y se precipitó al rio siguiéndole el primer batallon de Zaragoza, en medio de entusiastas esclamaciones de la division.

Desde este instante el éxito ya no fué dudoso; y posesionados los defensores de Isabel de los parapetos y fortificaciones esteriores, los carlistas abandonaron los reductos, y los batallones de la Guardia y de Zaragoza pasaron el puente. La victoria fué completa. Despues de esto nuestras tropas carecian de todo; se pidió á Pamplona pólvora para destruir el puente, y provisiones para esos hombres hambrientos. La pólvora vino, pero no las raciones; y Leon se vió obligado entonces á atacar el fuerte de Ziriza guarnecido por los facciosos, y ganado este hallaron un depósito de víveres, con raciones para cinco dias. Por esta accion el gobierno le concedió la gran cruz de S. Fernando.

A consecuencia de esta victoria, Pamplona se vió en comunicacion con el resto de la provincia.

CAPITULO V.

Otras brillantes acciones.—Conclusion de la guerra civil.

Despues de la accion que acabamos de describir, inutilizó el puente y las fortificaciones fueron destruidas.

Largo tiempo despues sostuvo la línea del Arga batiendo diferentes veces á los carlistas; pero su posicion en Navarra era violenta, y por lo mismo abandonó aquella comandancia que tantos disgustos y sinsabores le habia ocasionado; pasando á desempeñar la de la caballería del ejército. A poco de haberse encargado de este nuevo destino, una órden del general Espartero le obligó á re-

gresar á Navarra, donde nuestras tropas acababan de esperimentar una derrota. Llegó á Tafalla el 30 de setiembre; reanimó con su presencia aquellas tropas, y habiendo atacado á los carlistas les obligó á repasar el Arga arrojándoles de sus formidables posiciones.

Cinco años habian transcurrido de guerra y esta al parecer empezaba á aplacar su furor. Se daban pasos para los preliminares del memorable convenio de Vergara. Empero Maroto, gefe de los carlistas no se descuidaba. El general Leon habia sido nombrado virey de Navarra. El nuevo virey se distinguió como siempre, en la accion de Arroniz, en la que Maroto mandaba las fuerzas carlistas. Posteriormente continuó la persecucion de los facciosos sin que ocurriese nada de notable hasta el 1.° de mayo de 1839, en que volvió á apoderarse del puente de Belascoain que los facciosos habian recuperado. Esta accion fué mas sangrienta que la anterior, mas encarnizada, mas digna del gefe que mandaba en ella nuestras tropas. Esta brillante jornada le valió el título de conde de Belascoain y el mejor de sus laureles militares.

Mientras nuestras tropas triunfaban en Ramales y Guardamino, Leon adquiria una nueva victoria en los campos de Arroniz. Derrotó nuevamente á los facciosos el 3 de julio, el 15 del mismo y el 19 de agosto. Venció asimismo en Areta, Alló y Dicastillo; entró triunfante con nuestras tropas en Durango, y despues del convenio de Vergara cerró la campaña D. Diego Leon persiguiendo al Pretendiente hasta buscar un asilo en Francia.

Despues del memorable convenio, aparecia un tanto mas risueña la faz de los negocios de la Península. Ya no quedaban en ella mas secuaces del príncipe rebelde que los que á las órdenes de Cabrera infestaban el Maestrazgo. Sonaba en España la voz de la union entre los partidos, voz que sin embargo fué efímera y jamás comprendida. La lucha entre los partidos públicos empezó con nueva violencia cundiendo en las filas del ejército. Aseguran algunos, que el general Espartero llegó á concebir celos del general Leon, y que por esto fueron despues tan encontradas sus opiniones. Desde esta época empieza á verse en este último una tinta de cierto color político. El 1.° de octubre encargóse del mando de la division de la Guardia. Despues de organizada su division en brigadas emprendió su marcha para Zaragoza. Hallándose despues establecido con su cuartel general en Bordon lejano del duque de la Victoria hubieron de faltarle víveres por catorce dias, y á pesar de sus reclamaciones no le fueron concedidos. Desde esta época empieza la desavenencia con Espartero. Leon no se halló conforme con el manifiesto del Mas de las Matas manifestando francamente su desaprobacion al mismo Espartero delante de Linage y otros oficiales. Leon pidió una licencia que obtuvo y se dirigió á la córte. En ella, no obstante, miró con indiferencia todas esas intrigas políticas, y no se presentó á ninguna persona influyente de ningun partido, haciéndolo solo á la Reina Gobernadora, que le recibió con muestras de estimacion y aprecio. Brindósele con la faja de Teniente general que no quiso admitir; pero la Reina le hizo gentil-hombre; en 11 de marzo se reunió Leon otra vez al ejército. Al dia siguiente practicaba

y á un reconocimiento sobre Castellote, en cuyo sitio obtuvo el grado de teniente general que en Madrid se le habia ofrecido, porque habia llenado su encargo cumplidamente. Tuvo una gran parte en la ocupacion de Beceite, y como nuestras armas en aquella época caminaban de triunfo en triunfo y de victoria en victoria, no era el conde de Belascoain de los que á ellas menos contribuian.

En el mes de julio de 1840 la causa de D. Cárlos daba las últimas boqueadas, y Leon persiguiendo constantemente á sus secuaces compartia dignamente con nuestro valiente ejército, los gloriosos laureles que supo adquirirse en aquella ocasion, y que dieron por resultado el término de la guerra civil.

Mientras Espartero disponia lo necesario para apoderarse de Morella, principal punto de apoyo de los rebeldes, el conde de Belascoain recibió el encargo de apoderarse de la importante plaza de Mora de Ebro. Arriesgada algun tanto era la empresa; pero Leon no encontraba nunca dificultades, y se apoderó de dicha plaza despues de haber batido á Cabrera, siendo á poco abandonada por los carlistas. Batióles asimismo á poco en Val-de-lladres. Tambien probó su valor inaudito en el ataque de Morella, donde centenares de facciosos encontraron la muerte al filo de su brava espada.

La guerra tocaba á su término. Ya no eran temidos los carlistas, prontos á ser lanzados sus últimos restos allende del Pirineo; solo las intrigas políticas daban márgen á serias reflexiones á los hombres pensadores. Una gran mina se hallaba preparada, y era necesario que estallase. Mas adelante tendremos ocasion de hacer mas patente este relato.

Despues de la ocupacion de Morella y otras plazas, D. Diego Leon continuó mandando la vanguardia, dirigiéndose á Cataluña. Alli se halló en la toma de Berga, y en todos los encuentros que todavia tuvieron lugar. En ellos se mostró como siempre, grande y valiente. Allí se cubrió de los últimos laureles y alli acabó de consumar su fama inmortal.

Despues de todas sus hazañas recibió la órden de S. M. para pasar de capitan general á Castilla la Nueva. Tan pronto como recibió esta órden se puso en marcha para la córte donde habia estallado la revolucion de 1840; y Leon no supo nada de estos acontecimientos hasta su arribo á Lérida. Otro que él hubiera detenido su viage y esperado la marcha de los negocios, pero Leon la apresuró; mas habiendo observado que se le perseguía, antes de llegar á Zaragoza se mandó escoltar por una partida de caballería pasando á Fraga. Varios dias hubo de vagar por ciertos pueblecillos de Aragon mientras recibia órdenes del cuartel general; pero su contestacion fué, que habiéndole dado el destino la Reina, solamente de ella debia recibirlas.

Mandó un edecan á Valencia á fin de que se le comunicasen por aquel conducto, ofreciendo al mismo tiempo su espada á Cristina para hacer frente á la revolucion. Sus enemigos le han hecho un gran cargo de este acontecimiento. La contestacion que recibió fué de que marchase inmediatamente á Tarancon, á ponerse al frente de la division de la Guardia, que se hallaba en aquel punto; encargándole no hostilizase la revolucion, y que esperase alli nuevas órdenes.

Cuando Cristina abdicó la regencia, Espartero escribió al conde de Belascoain, aconsejándole hiciese dimision de la capitania general que le habia sido conferida, lo cual verificó pidiendo su licencia para Francia que asimismo le fué concedida en el acto, aunque el duque le aconsejaba no usar de ella inmediatamente.

No siguió este consejo y emprendió su marcha para el pais vecino donde fué perfectamente recibido. Se detuvo algun tiempo en Burdeos y no queriendo llegar á París, para no acreditar hablillas, regresó á España y al seno de su familia, á descansar de las fatigas de la guerra.

Hasta esta época todo habian sido triunfos para nuestro héroe. De aqui en adelante va á mudar completamente la escena de su vida. Hasta aqui le hemos visto triunfante y vencedor. Desde ahora vá á presentársenos, perseguido, humillado, y tal vez calumniado; y finalmente, perecer en un patíbulo. Tal es la suerte de la humanidad, tal es comunmente el porvenir de los hombres que mas se han distinguido. Entretanto y para llegar al término que nos hemos propuesto preciso es que hagamos alto por un momento. Muy pronto describiremos lo que resta de nuestra historia y del héroe de quien nos hemos ocupado.

PARTE SEGUNDA.

CAPITULO VI.

Revolucion del 7 de Octubre.=Muerte de Leon.

Nos hallábamos en el mes de octubre de 1841. El horizonte político aparecia sumamente cargado; sin embargo, el gobierno dormia mientras la inquietud y la ansiedad hacian presa en todos los corazones. Públicamente se veia á algunos oficiales de los regimientos quejarse del gobierno del Regente y anatematizarle, lo cual probaba ya la poca confianza que les merecia y que se preparaba un grande acontecimiento.

En efecto, se preparaba una insurreccion militar á cuyo frente estaban gefes de nombradia.

El plan era sublevar diferentes provincias, proclamando la regencia de Cristina, que desde el año anterior residia en la capital del vecino reino de Francia. Madrid era el centro del movimiento. Espartero debia ser arrebatado en su morada, mientras que diferentes cuerpos cubriendo el real palacio debian defender la persona de la Reina, huyendo con ella si fuese necesario.

El 2 de octubre estalló en Pamplona la insurreccion. En el silencio de la noche, el general Odonell, que en el pronunciamiento de setiembre habia ofrecido tambien su espada á Cristina para combatir la revolucion, habia logrado

hacerse suyas algunas tropas con las que encerrado en la Ciudadela habia proclamado la regencia de la viuda de Fernando.

Vitoria y Bilbao con Montes de Oca al frente, enarbolaron en este propio tiempo la misma bandera. Nombróse el gobierno provisional y se dieron varias proclamas. Sin embargo, en dichas ciudades la revolucion hizo pocos prosélitos y las demas del reino no secundaron el grito. A pesar de esto se propalaban noticias alarmantes y el gobierno empezó á comprender lo crítico de su situacion, y tomó algunas medidas.

De las primeras fueron separar de los regimientos de la Guardia real una infinidad de gefes. Al mismo tiempo varios ayudantes se presentaban á casa de Leon, Concha, Fulgosio, Norzagaray y otros para intimarles su traslacion de cuartel á diferentes puntos. Estos militares entretanto se preparaban á secundar el movimiento empezado fuera de la capital, adoptando cuantas medidas creian oportunas para asegurar su triunfo.

Estalla por fin la conspiracion, y Leon y sus compañeros no dudan un momento de lanzarse á ella.

Amaneció el 7 de octubre señalado para llevar á cabo el movimiento en esta córte; para lo cual contaban con el eficaz apoyo de numerosos oficiales del regimiento de la Guardia que habian sido depuestos aquella misma mañana.

Al anochecer el toque de generala hizo dejar con precipitacion sus casas á los individuos de la Milicia Nacional; y Madrid ofrecia un aspecto imponente. Cuando los oficiales del primer regimiento de la Guardia tuvieron conocimiento de su repentina separacion del cuerpo, se encaminaron inmediatamente á su cuartel, donde fueron recibidos á balazos por las numerosas centinelas que se habian colocado en las avenidas.

Mientras esto sucedia, el general Concha ignorante de la órden que acababa de darse entre los sublevados de suspender el movimiento hasta el otro dia al tiempo de relevarse la guardia de palacio, se dirigió al cuartel de guardias de Corps ocupado en aquella época por el regimiento de la Princesa, del cual habia sido coronel, donde tenia muchas simpatias, y por el de caballería de húsares que estaba enteramente decidido por el duque de la Victoria, cuyos soldados fueron sorprendidos y encerrados por los anteriores, que alarmados por el citado gefe á la voz de *¡A las armas, Princesa, que matan á la Reina!* emprendieron inmediatamente el camino de palacio.

Hallábase de gefe de parada el comandante de escuadron Marquesi, complicado en la sublevacion, y la tropa sublevada pudo fácilmente penetrar en el régio alcázar, por la puerta del Príncipe, sin que la guardia esterior detuviese en su marcha los sublevados que ya en el patio de palacio prorumpieron en vivas á Isabel II y á la Reina Gobernadora; vivas que alarmando á la guardia de Alabarderos, cuya mayor parte se hallaba en aquella hora en sus casas cenando, les obligaron á correr á las armas para defender las reales personas.

Mandaba el piquete aquel dia el coronel Dulce, que formando la escolta de Espartero habia hecho la guerra de los siete años contra el Pretendiente y ha-

biéndose distinguido por su valor habia pasado al ilustre cuerpo que en aquella noche azarosa, probó complétamente sus simpatías á favor del gobierno de aquella época.

Alarmado por el tumulto que crecia, caso enteramente nuevo en tales sitios, salió Dulce, armado solo de su espada con direccion á la escalera principal donde sonaban las voces, y al llegar al descanso de los leones, observó que subia una compañía de cazadores de la Princesa, mandada por un teniente, á quien preguntó la causa que le movia á penetrar en el sagrado recinto, y visto su aturdimiento é inconexas contestaciones, intimó se detuviese poniéndole su espada al pecho, y diciéndole: que le pasaría de parte á parte si daba otro paso adelante. Mas habiendo el dicho teniente (que era D. Manuel Boria) acogido las palabras de Dulce con la órden de hacer fuego, se vió éste obligado á retirarse á su cuerpo de guardia, y cerrando la mampara de lienzo que le servia de puerta, contestó de la misma suerte á los amotinados.

Entretanto el general Leon ignorando la novedad, pues se habia dado órden para suspender el movimiento hasta el siguiente dia, se paseaba vestido de paisano por las calles de la capital. Llegó á su noticia haber estallado la revolucion, y creyendo en su mente que Concha habia querido apropiarse por sí solo la gloria de una accion que debia recaer en ambos, se dirigió apresurado á la casa donde dormia y mandó preparar su uniforme y un caballo; hallándose vacilante de si se marcharia á palacio, ó si se presentaria á algunas tropas, y procuraria decidirlas á favor de la revolucion. La llegada del brigadier Pezuela le sacó de dudas manifestándole la apuradísima situacion en que el negocio se encontraba. Dióle á entender que habian tenido muchas defecciones; que solo estaban de su parte, la guardia de palacio y las compañías de la Princesa que Concha habia logrado introducir en aquel punto. Lo restante de la guarnicion de Madrid y la Milicia Nacional estaban sobre las armas; que Concha dentro del palacio no habia podido pasar del descanso de los leones, porque los alabarderos sostenian su puesto con el mayor teson; que cundia el desaliento en las tropas sublevadas; que los que en los primeros momentos de la insurreccion se habian dejado llevar animados por sus gratas ilusiones; empezaban á descubrir la horrible realidad y el porvenir que les aguardaba, y que clamaban por la presencia del general Leon cuyo prestigio y valor era su única esperanza. Pocos momentos despues de esta conversacion, dos hombres á caballo adoptando las precauciones necesarias se dirigian á palacio. Estos dos hombres eran Pezuela y el conde de Belascoain; el primero caminaba delante con su uniforme de brigadier de la Guardia; el segundo seguia con su uniforme de húsar, envuelto en un capote de soldado figurando un ordenanza. Al llegar á la inmediacion del cuartel de San Gil, encontraron un batallon formado: los centinelas avanzados dieron el *quién vive*; «Estado Mayor» contestó Pezuela, y siguió tranquilamente su camino; pero al llegar á la cabeza del batallon donde se encontraba el gefe del puesto, un granadero hubo de detener por la brida al caballo del general: en aquel momento crítico *¡adelante!* esclamaron ambos á la vez,

y desecho Leon prontamente de su contrario, hubieron de emprender á galope el camino de palacio, salvándose por milagro del fuego que sobre ellos hicieron los soldados.

Concha para mantener sus tropas en alarma habia adoptado el medio de hacer de cuando en cuando algunas descargas, y precisamente al llegar Leon á palacio sonaba una de ellas. Inmediatamente dispuso que cesase el fuego.

Las tropas al verle prorumpieron en vivas á su persona, y habiéndolas impuesto silencio y conferenciado con los gefes, se dirigió á la escalera principal y mandando tocar llamada de honor arengó á los alabarderos que no le hicieron caso. Empezó de nuevo el combate, y Leon parapetado medio cuerpo en el umbral de la puerta, aguantó el fuego por largo tiempo.

Pero todo aquel esfuerzo era en vano; la noche estaba muy adelantada y si el dia llegaba á privarles de su oscuridad para la fuga, eran perdidos. Reflecxionóse sériamente sobre el particular entre los gefes sublevados, no faltando quien propusiese como medio desesperado el salir de palacio y arrojarse sobre las tropas sitiadoras. Leon aprobó en el primer momento este plan, pero reflexionando despues que iba á correr la sangre por las calles, le pareció este medio poco español y prefirió entonces apelar á la fuga.

Serian las tres de la madrugada cuando Leon, Concha y los principales gefes, salieron por el campo del Moro, acompañados de varios caballos y de una compañía de infantería. Una de las avanzadas contrarias dió el *quién vive*: «Ronda Mayor» le contestaron, y cuando la avanzada se acercó á reconocerlos la arrollaron y ganaron al escape el camino de la puerta de Hierro.

Cargados en aquel punto por un escuadron de caballería, hubieron de dispersarse. Estraviado Leon, separado del camino, al ir á saltar una zanja perdió el caballo. Rendido del cansancio y de la caida anduvo legua y media á pie por el camino de Valladolid, hasta que habiéndose encontrado unos cazadores de la Guardia les compró un caballo por algunas onzas, volvió á emprender solo su camino, á pesar de la obstinacion de los cazadores en seguirle, á lo cual se opuso con formal empeño.

Sin direccion fija, habia estado almorzando con unos labradores en medio del campo, y emprendiendo de nuevo su ruta se encontraba ya cerca de Colmenar Viejo, á algunas leguas de la córte, cuando divisó á larga distancia en el camino un escuadron de caballería que marchaba en su direccion. Eran los húsares de la Princesa, á quienes tantas veces habia conducido á la victoria. Venian los húsares á las órdenes del comandante Laviña, antiguo ayudante de Leon, quien al divisar aquel ginete envió dos soldados á reconocerle. Aquellos veteranos quedaron indecisos al ver á su general: *¿Con quién venís? les preguntó este. Mi general, con el comandante Laviña*, contestaron. —*Pues decidle de mi parte, que venga*, replicó Leon.

Si este hubiese querido, sin la menor dificultad hubiera podido evadirse; pero esperaba tal vez que seria tratado de otra suerte, y al presentarse, Laviña le dijo este: *Vamos á Madrid.*

El conde de Belascoain fué conducido á Santo Tomas, entonces cuartel de la Milicia Nacional. Poco despues de su prision se nombró un consejo de guerra que con la mayor rapidez procedió á la formacion del proceso, que el dia 13 estuvo en estado de verse.

En semejante dia desde muy temprano se habia formado la Milicia desde el cuartel de Santo Tomas hasta los estudios nacionales de San Isidro, en cuya capilla se habian reunido los vocales del consejo. A las 12 se inauguró el acto con un discurso que pronunció el presidente. Despues se leyeron todas las piezas del proceso. Luego despues fué conducido de vuelta á su prision en medio de un concurso numeroso que se agolpaba á pesar de que no se dejaba transitar las gentes por la carrera. Entre tanto se formulaba su sentencia.

Pasaron dos dias en incertidumbre y aunque se presentia el fin de esta escena, hasta la noche del 14 no se supo definitivamente la suerte del héroe de Belascoain.

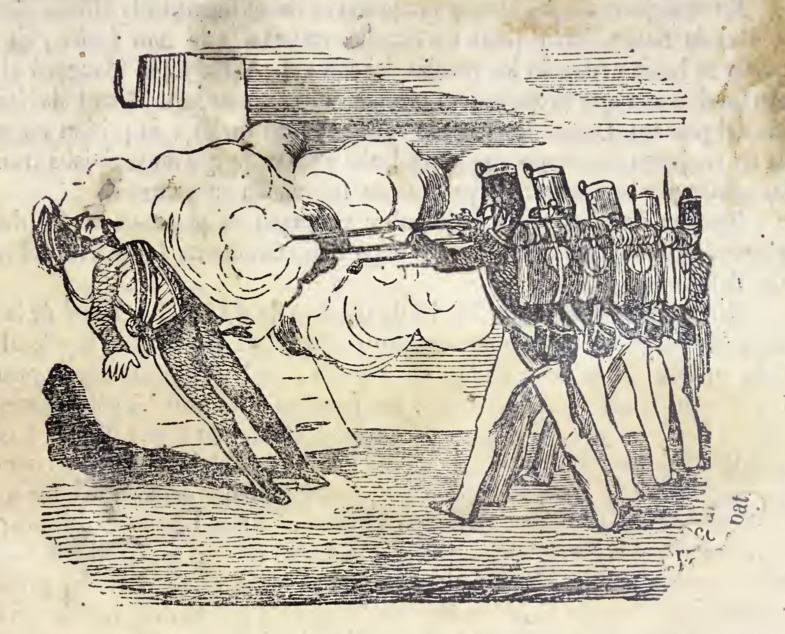
Era la una del mediodia del 15 de octubre de 1841. La capital de la monarquía presentaba un aspecto siniestro y aterrador. Un silencio sepulcral reinaba en todos los ámbitos de la coronada villa, cual si sus habitantes presintiesen uno de aquellos acontecimientos tan funestos á las grandes poblaciones. La Milicia Nacional se hallaba formada desde el cuartel de Santo Tomas hasta la puerta de Toledo. En las afueras de ese recinto se notaba un cuadro compuesto de todas las tropas de la guarnicion que claramente demostraba iba á ejecutarse un cruel sacrificio. Habíanse adoptado infinidad de precauciones; numerosas patrullas recorrian las calles, y nutridos retenes se hallaban estacionados en varios puntos. Una sorda agitacion se hacia sentir en todas partes, y pensaban muchos que el órden no estaba seguro y podria muy fácilmente trastornarse. Mientras que Madrid ofrecia este desusado espectáculo, un hombre solo se mostraba tranquilo. Un hombre que iba á deponer su cabeza en las aras de la patria, su cabeza, que tantas veces habia espuesto para combatir con los enemigos del trono y de las instituciones.

A la una y cuarto, una carretela se hallaba situada á la puerta del cuartel de la Milicia Nacional de infantería. A esta misma hora un general, de grande uniforme de húsar, abrazó estrechamente al oficial que mandaba la guardia. Sube despues al coche acompañado de su defensor y de un clérigo, y á pocos momentos el coche rueda con lentitud hácia la puerta de Toledo. Una pequeña escolta de caballería le precede, y le rodea un piquete de infantería. Es Leon, dice el pueblo: es Leon, á quien no le aterra la muerte!!!.... El mismo consuela á su defensor que se le vé abatido y cabizbajo.

Traspone el coche la puerta de Toledo. El héroe desciende del carruage con la misma firmeza y sangre fria que si se dispusiese á ir á mandar una parada, y mientras con una mano en el chacó escucha delante de la bandera la lectura de su sentencia que el oficial encargado de leer balbucea, Leon con ánimo sereno le dice: *si es preciso la leeré yo mismo.*

Terminada la lectura dá dos vueltas por el cuadro: abraza á uno de los sol-

dados del piquete, á su confesor, al defensor Roncali, al que dice: *los valientes se encuentran en el cielo*; y pidiendo permiso el oficial del piquete para mandarle, coloca bien á la tropa y despues de mirar el sitio en que debe caer, esclama con voz fuerte: «*No muero como traidor.*»



A poco rato una descarga de fusilería anuncia á la multitud que se ha consumado el sacrificio. A pocos momentos el hermano del general Roncali desnudaba un cadáver. No se pasó mucho tiempo sin que un carro fúnebre se dirigiese por la ronda, al cementerio de la puerta de Fuencarral, donde en uno de sus patios y en un nicho cercano al suelo, fué enterrado modestamente. Despues han sido sus restos trasladados al cementerio de San Isidro del campo, en el que yace sepultado debajo de una esplendente losa de mármol, en la que se ve escrito el epitafio siguiente:

EL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON DIEGO DE LEON Y NAVARRETE.
PRIMER CONDE DE BELASCOAIN,
TENIENTE GENERAL DE LOS EJÉRCITOS ESPAÑOLES;
FUE TRASLADADO Á ESTE PANTEON EN 8 DE JUNIO DE 1844,
POR SU INCONSOLABLE ESPOSA Y AMADOS HIJOS

FIN.